

SENTA.—Mi padre me espera.

ERIK.—¿Huyes ante la herida que me has causada, huyes de mi loco amor? ¡Ah! escúchame un momento, oye mi postrera pregunta: si mi corazón desfallece de dolor ¿te interesarás por mí, Senta?

SENTA (titubeando).—¿Cómo! ¿dudas de mi amor? ¡díme! ¿qué causa tus dolores? ¿quién infundió en tu alma tales sospechas?

ERIK.—Tu padre ¡ay! sólo sueña en tesoros... Y tú, Senta, ¿cómo contar contigo? ¿has acogido alguna de mis súplicas? ¿no afliges cada día mi corazón?

SENTA.—¿Tú corazón?

ERIK.—¡Mísero de mí! ese retrato...

SENTA.—¿El retrato?

ERIK.—¿Cuándo desecharás tus insanos desvaríos?

SENTA.—¿Puedo impedir, acaso, una fascinación?

ERIK.—Y la balada... ¿has vuelto á cantarla?

SENTA.—Soy una niña... y canto... por cantar... Pero tú ¿tienes miedo á una canción, á un retrato?

ERIK.—¡Palideces!... dime ¿nada tengo que temer?

SENTA.—Y ¿á quién no conmueve el horrible destino de ese infortunado?

ERIK.—¿No te conmueven más mis sufrimientos?

SENTA.—¡Bah! ¡no te jactes de eso! ¿á qué se reduce tu sufrir? ¿conoces el destino de ese desdichado? (Conduce á Erik ante el retrato.) ¿Sientes el dolor, el profundo y sombrío pesar con que me dirige sus miradas? ¡Ah! ¿cabe suerte más desventurada?

ERIK.—¡Pobre de mí! ¡con que soñé lo cierto! ¡Protéjate Dios! ¡Caíste en los lazos de Satanás!

SENTA.—¿Qué estás diciendo?

ERIK.—Escúchame, Senta: ¡oye mi sueño, y ojalá te sirva de enmienda!

(Senta se deja caer abatida en el sillón. Al principiar Erik su relación, queda sumida en una es-

pecie de sueño magnético y parece que se representa á su imaginación lo que soñó Erik.)

ERIK (á media voz).—Estaba recostado en la cima de una roca; soñaba; veía á mis pies el mar; oía el rumor de las olas que, preñadas de espuma, iban á estrellarse en la playa. Junto á la vecina costa percibí un navío desconocido, extraordinario, raro; dos hombres desembarcaron de él; en uno de ellos reconocí á tu padre.

SENTA (con los ojos cerrados).—¿Y el otro?

ERIK.—También le conocí; su negra túnica, su pálido rostro...

SENTA.—Su mirada sombría...

ERIK (señalando el retrato).—Era el marino; era él.

SENTA.—¿Y yo?

ERIK.—Saliste de tu casa, corriendo al encuentro de tu padre; pero apenas viste al extranjero, te prosternaste á sus pies, abrazaste sus rodillas...

SENTA (con creciente impaciencia).—Me levantó...

ERIK.—Y acercándote á su corazón, te colgaste de su cuello y le cubriste de apasionados besos.

SENTA.—¿Y después?

ERIK (contemplándola con sorpresa).—Os ví alejaros en dirección al mar.

SENTA (despertando de repente, en el colmo de la exaltación).—¡Me busca! ¡he de verle! ¡he de morir con él!

ERIK.—¡Horrible suerte! ¡todo lo comprendo! ¡está perdida! ¡mi sueño era verdad! (Sale desesperado.) Senta, absorta en silenciosa contemplación permanece inmóvil ante el retrato, entonando, con voz lenta, el final de la balada.

SENTA.—¡Ah! ¿cuándo la encontrarás, pálido navegante? ¡quiera el cielo concedértela cuanto antes!

## ESCENA IV

SENTA, DALAND, el HOLANDES

(Abrese la puerta. Entran Daland y el Holandés. Senta, después de fijar sus miradas en el retrato y en el Holandés, exhala un grito de sorpresa y queda inmóvil como subyugada por una potencia mágica, sin apartar la vista del Holandés. Este se encamina lentamente al proscenio; y Daland, después de detenerse un momento en el umbral esperando en vano á su hija, se dirige á su encuentro.)

DALAND.—¿Qué es eso, hija mía? ¡ni un abrazo, ni un beso! ¿no merece tu padre otra acogida?

SENTA (cogiéndole una mano).—¡Bienvenido seas, padre mío! (Aparte.) Dime ¿quién es este extranjero?

DALAND (sonriendo). — ¿Quieres saberlo? Puedes acogerlo como un buen amigo. Es marino, como yo, y reclama nuestra hospitalidad. Privado de hogar, largo tiempo há, surcando sin cesar los mares, ha recogido numerosos tesoros en lejanas comarcas. Rechazado de su patria, ofrece sus riquezas á cambio de un techo hospitalario; dime, hija mía, ¿te sería penoso que compartiese nuestro hogar? (Senta inclina la cabeza en ademán de asentimiento; Daland se dirige al Holandés.) ¿Fuí exagerado al elogiarla? ¡Ya la veis! ¿Os agrada? ¿habré de repetir sus elogios? ¡Confesad que es una maravilla! (El Holandés hace un ademán afirmativo.) Sé buena, hija mía, con nuestro huésped; á la vez que un hogar, también reclama el dón de tu mano. Tiéndesela, como á novio, y si mis votos se cumplen, como á esposo, mañana. (Senta se estremece dolorosamente; pero en apariencia permanece tranquila. Daland saca un aderezo y lo muestra á su hija.)

¿Ves esta cadena, este broche? pues son nada, comparados con lo que posee. ¿No exaltan estas joyas tus ardientes deseos? Tuyas son, si quieres cambiar con él el anillo nupcial. (Senta, sin prestar atención á las palabras de su padre, permanece con los ojos fijos en el Holandés y éste, por su parte, sin oír á Daland, está absorto mirando á la joven. Daland lo advierte, y contemplando á los dos:) Ninguno me contesta... ¿Les importunaré quizás? Sí; eso es. Vale más dejarlos solos. (A Senta.) ¡Ojalá conquistes su noble corazón! ¡Semejante fortuna no se logra dos veces! (Al Holandés). Quedaos aquí; yo salgo. Creedme, es tan fiel como hermosa. (Daland se aleja lentamente, mirándolos complacido.)

## ESCENA V

SENTA, el HOLANDES

HOLANDES (profundamente conmovido). — Desde tiempos remotos, cual lejano espejismo, mi corazón recuerda esos rasgos; como la soñé en mis eternas angustias, así se presenta á mi vista. De lo profundo de mi noche sombría, ¡cuántas veces no se han elevado mis ojos, hacia una mujer, ardiendo en deseos! ¡Satanás, en su malicia, dejóme un corazón fogoso, para que ni un momento se calme mi suplicio! ¿he de llamar amor al inextinguible fuego que me abrasa? ¡No! ¡es ardiente esperanza de la redención! ¡ah! ¿podré deberla á un angel como éste?

SENTA.—¿Seré juguete de un sueño extraño? ¿lo que veo, es ilusión? ¿he vivido, hasta hoy, en espacios imaginarios? ¿brilla al fin, para mí, el día del despertar? Ante mí le veo, pintado en su rostro el sufrimiento; esas huellas del dolor amargo conmueven mi corazón; ¿me engañará la voz de una

piedad profunda? Tal como le vi mil veces, así se presenta á mis ojos. ¡Qué nombre daré al fuego devorador que abrasa mi seno! Esa redención, por la que tu desolado espíritu suspira ¡ojalá puedas lograrla por mí!

HOLANDES (acercándose á Senta).—¿Desecharás la elección de tu padre? ¿confirmarás la promesa que me ha hecho? ¿podrás consagrarte á mí para siempre y tender tu mano al extranjero? Después de una vida de torturas, ¿hallaré en la fidelidad el reposo tanto tiempo esperado?

SENTA.—Sea quien fueres, cualquiera que sea el suplicio á que tu cruel destino te condenó, sea cual fuere el porvenir que me prepara, obedeceré siempre á mi padre.

HOLANDES.—¡Cómo! ¡sin la menor reserva? ¿tal piedad sentirás por mis profundos dolores?

SENTA (á media voz).—¡Oh! ¡dolores crueles! ¡pueda yo dulcificarlos!

HOLANDES (al oír estas palabras).—¡Deliciosa melodía en mis agitaciones y tinieblas! ¡eres un ángel! ¡el amor de un ángel sabe consolar hasta á los mismos condenados! ¡oh! ¡si aún me restase una esperanza de redención! ¡Dios potente! ¡haz que la obtenga de su mano!

SENTA.—¡Ah! si aún le resta una esperanza de redención, ¡ojalá pueda obtenerla por mi mano!

HOLANDES.—¡Si pudieses prever el destino que conmigo te espera, comprenderías el sacrificio que te impones jurándome fidelidad! A semejante espectáculo, tu alma se estremecería azorada, si en ti no brillase la mejor virtud de la mujer: la fidelidad!

SENTA.—Tranquilízate, desventurado! Conozco los sagrados deberes de la mujer. Deja al destino pronunciar su fallo sobre la que no teme afrontar sus decretos. En la immaculada pureza de mi corazón, conozco la ley suprema de la fidelidad; y á quien la consagro, se la juro entera: hasta la muerte!

HOLANDES (con entusiasmo).—Tu juramento, tus nobles palabras inundan de sagrado bálsamo mi corazón. ¡Palidece, estrella de la desventurada! ¡brilla con vivos fulgores, antorcha de la esperanza! ¡Ángeles, que me dejásteis abandonado tanto tiempo, fortaleced ese corazón en su fidelidad!

SENTA.—Un hechizo irresistible me induce á salvarle; sea esta casa su hogar, y su tranquilo puerto después de la tempestad. ¿Qué vigor agita mi alma? ¡Haz, Dios clemente, que este sentimiento sea la fidelidad!

## ESCENA VI

Los mismos, DALAND

DALAND (entrando).—¡Perdonad! Mis marineros esperan, ardiendo en impaciencia. Los festejos que se aprestan, en celebración del regreso, ¿podrán embellecerse con vuestros desposorios? Supongo que sí. ¿Consientes, hija mía?

SENTA (con resolución solemne).—¡Esta es mi mano! ¡tuyo mi corazón! ¡fidelidad hasta la muerte!

HOLANDES.—¡Me da su mano! ¡humíllate, ante su fidelidad!

DALAND.—¡No os arrepentiréis de vuestro enlace! ¡A la fiesta! ¡reine el júbilo en nuestras playas!



### ACTO III

Una ensenada circuída de rocas; á la derecha, en el proscenio, la casa de Daland. En el fondo los buques del Noruego y del Holandés. Noche clara. El buque noruego está iluminado; su tripulación, llena de júbilo, recorre el puente. El aspecto del buque holandés forma siniestro contraste con este alborozo; una obscuridad sobrenatural lo envuelve por todos lados; reina en él silencio de muerte.

#### ESCENA I

LOS MARINEROS NORUEGOS, bebiendo

Reposa piloto, ven acá! Hohé, hehó! ¡Izad velas!  
¡Echad áncora! Acá, piloto! Ni tememos el viento,  
ni las cosas peligrosas! ¡queremos entregarnos al  
júbilo! Cada cual tiene una novia en tierra firme,  
excelente tabaco y aguardiente superior. ¡Hoosehé!  
¡al diablo el escollo y la tempestad! ¡Jollohré! ¡Plegad las velas!  
¡Fijad el áncora! Despreciamos la tempestad y el escollo!  
Piloto, ven acá á beber con nosotros!  
(Bailan.)

## ESCENA II

Los MARINEROS, las DONCELLAS

(Llegan las doncellas llevando cestas con víveres y licores.)

DONCELLAS.—¡Mirad, cómo bailan! ¡parece que no necesitan de nosotras!

MARINEROS.—¡Hola, hermosas! ¡deteneos! ¿á dónde vais?

DONCELLAS.—¿Creéis que todo haya de ser para vosotros? también se han de divertir vuestros vecinos.

PILOTO.—Verdad es. Llevadles algo á esos infelices; se estarán muriendo de sed.

MARINEROS.—No se les oye chistar.

PILOTO.—¡Calla! ¡ni una luz! ¡ni el menor indicio de tripulación!

DONCELLAS (encaminándose hacia el buque holandés). — ¡Eh, marineros! ¡eh! ¿queréis antorchas? ¿dónde estáis? ¡qué oscuridad!

MARINEROS (riendo).—No les despertéis; todavía duermen!

DONCELLAS (llamando, en el buque). — ¡Ah! ¡marineros! ¡eh! ¡contestad!

(Pausa. Profundo silencio.)

PILOTO, MARINEROS.—¡Jah! ¡jah! de seguro están muertos! ¡no necesitan comer, ni beber!

DONCELLAS (como antes). ¡Qué es eso, perezosos, ¿estáis ya acostados? ¿no es fiesta, también, para vosotros?

MARINEROS.—No se mueven del sitio, como dragones guardando su tesoro.

DONCELLAS.—¡Eh, marineros! ¿queréis vino helado? ¿no tenéis sed?

MARINEROS.—No beben, ni cantan, ni brilla la menor luz en su navío.

DONCELLAS.—¿No tenéis novias en tierra? ¿queréis bailar con nosotras en la playa?

MARINEROS.—Son ya viejos caducos, y sus novias murieron hace tiempo!

DONCELLAS (gritando).—¡Eh! ¡marineros! ¡marineros! ¡despertad! Os traemos manjares y bebidas.

MARINEROS.—Os traen manjares y bebidas.

DONCELLAS (sorprendidas y azoradas).—Verdaderamente, parecen muertos! no necesitan comer ni beber!

MARINEROS (bromeando).—¡Ya sabéis la historia del holandés errante! Es su navío en cuerpo y alma.

DONCELLAS (como antes).—No despertéis á la tripulación! Son fantasmas, de seguro.

MARINEROS (con creciente alborozo). — ¿Cuántos centenares de años hace que surcáis los mares? ¿verdad que no tenéis tempestades, ni escollos?

DONCELLAS.—No beben, ni cantan, ni brilla luz alguna en su navío.

MARINEROS.—¿Tenéis cartas, encargos para tierra firme? dádmelas y las entregaremos á nuestros bisabuelos.

DONCELLAS.—¡Son viejos decrepitos, y sus novias murieron tiempo há!

MARINEROS.—¡Eh, marineros! ¡largad velas y mostradnos cómo navega el Holandés errante!

(Pausa.)

DONCELLAS (alejándose azoradas del navío holandés).—¡Nada oyen! ¡siento escalofríos! si nada quieren ¿á qué llamarles?

MARINEROS.—Hermosas, dejad á los muertos en paz, y sed amables con los vivos.

DONCELLAS (tendiendo sus cestas á los marineros).—Tomad; vuestro vecino no lo quiere.

MARINEROS.—¡Cómo! ¿no subís á bordo?

DONCELLAS.—Todavía es temprano; luego vendremos; bebed, en tanto y si queréis, bailad; eso sí, no molestéis á vuestro fatigado vecino. (Se van.)

## ESCENA III

Los MARINEROS, el PILOTO

MARINEROS (vacando los cestos).—¡Viva el placer! ¡viva la abundancia! ¡gracias, amables vecinos!

PILOTO.—Llene cada cual su vaso hasta los bordes; nuestro amado vecino nos da de beber.

MARINEROS (con ruidosa jovialidad).—Amables vecinos, si tenéis voz y lengua, despertad é imitadnos. (Desde este instante, empieza á reinar movimiento en el buque holandés.) ¡Descansa, piloto, ven acá! ¡hohé! ¡hehó! ¡izad velas! ¡echad ancla! ¡piloto, acá! Más de una vez hemos pasado la noche en vela, en el fragor de la tempestad; más de una vez hemos bebido el agua salada del mar; hoy velamos para distraernos y gozar; bebamos, brindemos; Hossahé! (El mar, tranquilo en general, comienza á elevarse en torno del buque holandés; brilla en éste, á manera de farol de guardia, una luz azulada y siniestra. Silba huracanado viento á través del cordaje. La tripulación empieza á moverse.)

MARINEROS HOLANDESES.—¡Johohé! ¡johohé! ¡hohé! ¡hohé! ¡hohé! ¡houí-á! ¡la tempestad empuja hacia la costa! ¡houhí-á! ¡velas al viento! ¡áncora á bordo! ¡Negro capitán, desembarca! ¡ya han transcurrido siete años! ¡Solicita la mano de una muchacha rubia! ¡Rubia muchacha, sé fiel! ¡Regocíjate hoy, desposado! ¡El viento huracanado aúlla la música de los esponsales! ¡el Océano lo acompaña con su danza! ¡hou-hí! ¡Oíd cómo silba! ¿Capitán, estás de vuelta? ¡hou-hí! ¡A la mar! ¡Capitán! ¡Capitán! ¡no eres afortunado en amor! ¡hahahá! ¡Silba, aúlla, viento de tempestad! ¡dejas en reposo á nuestras velas! ¡Satanás las tejió; no se rasgarán en toda una eternidad!

(Mientras los marineros cantan, el navío se ve tra-

queado en todos sentidos por las olas; un viento de tempestad silba y aúlla á través de las cuerdas. Por lo demás, el aire y el mar continúan tranquilos como antes, exceptuando en torno del navío holandés.)

MARINEROS NORUEGOS (prestando el oído y contemplando el navío holandés con sorpresa, y luego con espanto).—¡Canto más singular! ¿será una visión? ¡me da calofríos! Entonemos nuestro canto; cantemos á toda voz: Piloto, descansa, etc.

(Los holandeses repiten su canto con creciente vehemencia en algunas estrofas; los noruegos se esfuerzan en dominarlo con sus voces; después de inútiles tentativas, el tumulto del mar, los rechiamientos, los aullidos, los silbidos de una tempestad sobrenatural y el canto cada vez más salvaje de los holandeses, les reducen al silencio. Retroceden, huyen, abandonan el puente; al verles huir, los holandeses sueltan un grito de estridente befa. De repente, vuelve á reinar mortal silencio en su navío, y el aire y el mar se tranquilizan al momento, como poco antes.)

## ESCENA IV

SENTA, ERIK

(Senta sale conmovida de su casa; síguela Erik vivamente agitado.)

ERIK.—¡A qué me veo reducido, gran Dios! ¡qué he visto! ¿Será ilusión ó realidad?

SENTA (volviendo el rostro con dolorosa emoción).—¡Ah! no me interrogues; no puedo contestarte.

ERIK.—¡No hay duda, justo Dios! ¡era verdad! ¿qué fuerza fatal la arrastró? ¿qué potencia la sedujo tan pronto? Tu padre... sí; tu padre te proporcionó ese novio... Le conozco de sobras... ¡Ya lo presumía! ¡pero, tú! ¡es posible! ¡dar tu fe á un

hombre que apenas acaba de franquear el umbral de tu casa!

SENTA.—¡Basta! ¡cállate! ¡cállate! ¡era preciso!

ERIK.—¡Obediencia tan ciega como tu acción! Has acogido con gozo la orden de tu padre; de un solo golpe destrozaste mi corazón.

SENTA (agitada por interior lucha).—¡Basta, basta! ¡me está vedado verte, hablarte! ¡obedezco á un deber sagrado!

ERIK.—¿Cuál? ¿acaso no es deber más sagrado el guardarme lo que antes me jurabas, una fidelidad eterna?

SENTA (vivamente).—¡Cómo! ¿yo te juré eterna fidelidad?

ERIK (con dolor).—¡Senta, Senta! ¿lo negarías? ¿no quieres acordarte de aquel día en que me hiciste bajar de la montaña, llamándome al valle, y para ofrecerte las flores de los escarpados picos, desprecié toda fatiga? ¿Recuerdas cómo, desde lo más elevado de la cresta, vimos alejarse de la orilla á tu padre? Partía en su navío de blancas alas, y te confió á mi protección; cuando tu brazo ciñó mi cuello ¿no me renovaste tu promesa de amor? tu mano trémula, al estrechar la mía ¿no era prenda de fidelidad eterna?

## ESCENA V

Los mismos; el HOLANDES

(El Holandés, que acaba de oír parte de la anterior escena, se presenta poseído de violenta agitación).

HOLANDES.—¡Perdido, allí, perdido! ¡perdido para siempre!

ERIK (retrocediendo espantado).—¿Qué veo, gran Dios?

HOLANDES.—¡Adiós, Senta!



SENTA (precipitándose á su encuentro).—¡Detente, desgraciado!

ERIK (á Senta).—¿Qué haces?

HOLANDES.—¡Al mar! ¡al mar! ¡por una eternidad! ¡desvaneciósese tu fidelidad, y mi redención! ¡adiós! ¡no quiero arrastrarte á tu ruina!

SENTA (como antes).—¡Detente! ¡no debes alejarte de aquí!

HOLANDES (da una orden á su tripulación, con un silbido estridente).—¡Velas al viento! ¡llevar anclas! ¡despedíos de la tierra para siempre!

SENTA.—¡Ah! ¿dudas de mi fidelidad? ¡Desdichado! ¡ciego! ¡detente y no destruyas nuestro enlace, que yo cumpliré lo que ofrecí.

HOLANDES.—¡Otra vez rechazado al mar! ¡Dudo de ti, dudo del cielo! Ya no hay fidelidad en el mundo; lo que ofrecíste, era escarnio.

ERIK.—¿Qué oigo, Dios mío? ¿qué veo? ¿he de dar crédito á mis oídos? Senta ¿quieres correr á tu perdición? ¡Ven conmigo! ¡huye de las garras de Satanás!

HOLANDES.—¡Es fuerza que conozcas el destino de que quiero preservarte! ¡Estoy condenado al porvenir más atroz; morir diez veces sería para mí una felicidad! Sólo una mujer puede redimirme; una mujer que me sea fiel hasta la muerte. Tú me juraste fidelidad, pero aún no ante Dios; eso te salva, porque ¿sabes cuál es la sentencia que hiere á las que me han faltado á la fe prometida? la condenación eterna. Víctimas innumerables han sufrido por mi causa esta sentencia; mas tú, podrás eludirla. ¡Adiós, Senta! ¡Adiós también, redención mía, por toda una eternidad! (Sube á su buque.)

ERIK (presa de horrible angustia).—¡Socorro! ¡salvadla! ¡salvadla!

SENTA (vivamente agitada).—¡Te conozco, conozco tu destino! ¡Ya te conocía cuando te he visto por vez primera! El término de tu suplicio está aquí; mi fidelidad logrará tu redención.



(A las voces de Erik acuden presurosos Daland, María, las doncellas, y los marineros noruegos).

ERIK.—¡Socorro! ¡auxilio! ¡está perdida!

### ESCENA VI

Los mismos, DALAND, MARIA, las doncellas y los marineros noruegos

DALAND.—¡Ah! ¡Dios mío!

HOLANDES (á Senta).—¡Tú no me conoces, ni puedes adivinar quién soy. (Muestra su buque, cuyas rojas velas están desplegadas, mientras la tripulación, horriblemente agitada, se ocupa en el aparejo.) ¡Interroga al navegante que cruzó el Océano en todos sentidos; éste conoce mi buque, terror de los hombres piadosos; el «Holandés errante!»

(Sube con la rapidez del rayo al puente del buque, que se aleja al momento entre los gritos de la tripulación. Todos quedan inmóviles, poseídos de estupor. Senta se esfuerza en desasirse de las manos de Daland y de Erik.)

DALAND, ERIK, MARIA y el CORO.—¡Senta! ¡Senta! ¿qué pretendes hacer?

(Senta se abre paso por fin, á costa de desesperados esfuerzos, corre hacia el extremo de una roca que se adelanta hacia el mar; desde allí, grita con todas sus fuerzas al Holandés que se aleja.)

SENTA.—¡Gloria á tu ángel libertador! ¡gloria á su ley! Mira y vé si te soy fiel hasta la muerte.

(Se arroja al mar; en el mismo instante el navío del Holandés se hunde y desaparece. En lontananza se ven surgir de las ondas al Holandés y á Senta transfigurados, y unidos en tierno abrazo.)

FIN DEL BUQUE FANTASMA

## LOHENGRIN

ÓPERA EN TRES ACTOS